



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Mayo de 1872.

NÚM. 25. I

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

VII.

*El salon de las meninas.*

Las habitaciones donde se celebraba el sarao, eran una série de piezas alhajadas con esa riqueza y magnificencia que han colocado á tanta altura en todo tiempo la córte de los monarcas españoles. Las artes suntuarias tenian en ellas su representacion. Vistosísimos y ricos tapices flamencos; brillantes espejos venecianos, magníficas esculturas de Benvenuto Cellini y de Claudio Coello; admirables cuadros debidos al pincel de Velazquez, Murillo y Alonso Cano, adornaban las régias estancias pobladas á la sazón por las mugeres mas hermosas de la córte.

En uno de aquellos salones, llamado de *las meninas*, por formar parte de su movilarío el famoso lienzo de Velazquez, conocido por ese nombre, se celebraba una rifa de alhajas y objetos de lujo, conque el espléndido monarca obsequiaba á las damas que habian concurrido á la fiesta.

Quando el marqués se separó de Osorio y entró de nuevo en palacio buscando á Mendoza, llegó hasta el salon de las meninas á tiempo que el rey empezaba la rifa.

El monarca, risueño y afable con todos, y particularmente con las damas, estaba sentado al testero del salon, junto á una mesa sobre la cual se veia una urna, de la que cada dama sacaba una cédula en la que se designaba el objeto ó alhaja conque la favorecia la suerte. Rodeaban á Felipe un grupo de caballeros, siendo D. Diego el que inmediato al sillón del rey hablaba con este de cuando en cuando algunas palabras en voz muy baja.

Blanca estaba con su cuñada y con Doña Inés que no se habia separado de las dos en toda la noche, razon por la cual, el marqués no se habia acercado á ella y se habia contentado con mirarla.

—A vos os toca, D<sup>a</sup> Margarita, dijo el rey. Acercaos y sacad vuestra cédula.

La esposa del escudero mayor se acercó á la mesa é iba á meter la mano en la urna, cuando el rey la detuvo con un ademan.

—Me permitireis, bella señora mia, que para vos sea presente de mayor precio el yo os dedique, le dijo á media voz.

—No os entiendo señor, contestó ella toda trémula y sin atreverse á mirarle.

—Quiero decir que como vuestra hermo-

sura merece y vale mucho, de gran precio ha de ser el don.

—Advertid señor, contestó D.<sup>a</sup> Margarita comprendiéndolo, que tengo dueño y que quizá lo está presenciando todo.

—Y qué importa eso?

—Una distincion de ese género á sus ojos y á los de toda la córte me comprometería, por mas que á mí me fuera sumamente grata.

—De modo que la rehusais.

—No la rehusa, la cedo nada mas.

—A quién?

—A Blanca, por ejemplo, dijo D.<sup>a</sup> Margarita, no ocurriéndole otro nombre.

—Pero tened en cuenta que es á vos á quien dedico el obsequio, por lo mismo, cuando yo lo vea brillar sobre vuestra persona creeré que habeis cesado de ser cruel para conmigo.

—Si otra lo recibe yo no lo podré usar.

—Teneis razon, pero podeis hacer que ella lo lleve, y para mí será lo mismo porque me anunciará mi ventura.

—Señor, señor, compadeceos de mí.

—Sacad presto vuestra cédula, leo curiosidad en algunas miradas.

Doña Margarita metió la mano en la urna y sacó una cédula que entregó al rey.

—Un libro de oraciones, dijo este leyéndola.

—Que á vos no os sirve de nada, dijo á su vez D. Diego de Luna entregándole uno encuadernado en terciopelo con cantoneras y manecilla de oro, porque ni podeis ser monja, ni llegareis á ser dueña como no sea de corazones.

—Gracias por la galantería D. Diego, pero ese libro puede ser augurio de un porvenir que ni vos ni yo podamos entrever hoy ni aun remotamente.

Y saludando volvió á su puesto.

Cuando el marqués, que no habia presenciado la anterior escena, que duró solo unos cinco minutos, entraba en el salon, pronunciaba el rey el nombre de Blanca.

—Venid, hermosa menina, la dijo, venid que quiero probar la suerte por vos.

Y metió la mano en la urna.

—Esta es la vuestra, dijo sacándola y enseñándola un papel doblado. Lee tú Luna, veas lo que dice.

Y se lo entregó á D. Diego. Este leyó:

—Una piocha de diamantes.

—Afortunada sois, D.<sup>a</sup> Blanca.

Y al propio tiempo le entregó la joya en cuestion, que era lindísima y de gran precio.

—Enseñadla á vuestra cuñada, añadió. Siento que ella no haya tenido mejor suerte.

Todas las damas miraban á Blanca con algun tanto de envidia. La jóven menina,

en su inocencia, creia todo aquello casual, de otro modo, antes hubiera preferido mil veces la muerte que prestarse á tan indigna superchería.

El marqués que habia presenciado todo aquello, al notar la marcadísima distincion de que acababa de ser objeto su amada, sintió el frio de la muerte en el corazon.

—¡Dios mio! se decia oprimiéndose el pecho con ambas manos. ¿Será cierto lo que me ha dicho Osorio? ¡Blanca, Blanca! Si vendes mi amor, mataré al que me robe tus caricias, quien quiera que sea.

Y loco, frenético, delirante se lanzó fuera del salon, llegó á las antecámaras donde le esperaba Gaston, su escudero, que le dijo:

—Señor marqués, un criado sin librea me ha entregado para usía esta carta, diciendome, urgente.

El marqués estaba calenturiento y nada atendió.

—Señor, suplico á usía que se entere de este papel, dijo Gaston parándole cerca de la escalera.

—Trae acá.

Y tomó el papel.

Aproximóse á uno de los grandes faroles que alumbraban las escaleras de palacio, abrió la carta y leyó:

—«Marqués; te engañan como á un niño. Tu esperiencia de nada te sirve. Blanca ama á otro, y con ese otro no puedes tu luchar. Vigila y te persuadirás de la verdad de ese hecho. Ten calma, y las pruebas las podrás adquirir sin trabajo alguno. No desconfies de este aviso.»

—Qué es esto, señor? De palabra y por escrito me han dicho esta noche lo mismo. ¿Será cierto? Lo que he visto me hace sospechar que mi Blanca me vende.... Yo necesito ver á Alvaro. Solo él podrá tranquilizarme. Gaston, voyme á casa. Tú te quedas para decirle á D. Alvaro que le espero allí.

Y el marqués casi tambaleándose, pues estaba como un ébrio, bajó las escaleras, se metió en su carroza y se hizo conducir á su casa.

Gaston vió á poco rato á Sebastian el escudero de D. Alvaro y le dijo:

—Sebastian, dile á tu señor que el marqués, mi amo, le espera aun esta noche, pues necesita hablarle.

Y se fué enseguida.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## A CUBA.

Á MI AMIGO EL ILUSTRE GENERAL CABALLERO  
DE RODAS.

Isla gentil; al pulsar  
En tu honor el plectro mio,  
Mi alma en mi encanto te envío  
Con el viento y con la mar.  
Muere el sol; y al matizar  
Las nubes con su arrebol,  
Te saludo de ese sol  
En los últimos reflejos;  
Para amarte desde lejos  
Me basta ser español.

Sí, que cuando muere el día  
Y el sol tras las nubes arde,  
Te consagro en cada tarde  
Mi tierna melancolía.  
Entonces mi fantasía  
Con tus recuerdos ufana  
A aquellas nubes de grana  
Pretende, loca, ascender,  
Y volar... y amanecer  
En la costa americana.

En la luz de primavera  
Con que tus colinas doras;  
En las palmas cimbradoras  
Que forman tu cabellera;  
Sobre la fértil ribera  
Que es tu eterno valladar,  
Tus galas al ostentar,  
Entre todas elegida  
Pareces, virgen querida,  
La Jerusalem del mar.

Sí, que cual perla guardada  
Bajo el agua que murmura,  
Fué tan cándida hermosa  
Solo al génio revelada.  
Por eso en triunfal jornada  
Que aun bendice el Océano,  
Colon, con osada mano,  
Y con esfuerzo valiente,  
Levantó sobre tu frente  
La cruz del templo cristiano.

La ondulante vela henchía  
El aliento del marino,  
Que del golfo cristalino  
La inmensidad recorría.  
El dedo de Dios le guía,  
Le presta su bendición,  
Le da sombra el pabellon  
De la comarca española,  
Y para mi patria sola  
Abrió tus puertas Colon.

Libres en gallardo coro  
Nuestras naves te buscaron,

Y en tus zonas encontraron  
El escondido tesoro.  
Cuando en cántico sonoro  
Tornaron del nuevo Eden,  
Los pueblos absortos ven  
Que á la inmensa patria mia,  
Cada nave le traía  
Un láuro para su sien.

De tí, de tu fértil suelo,  
Brotó intrépida la planta  
Que en su pompa se levanta  
Hasta mecerse en el cielo.  
De vírgen cándido vélo  
Te forman pálidas brumas;  
Con sus alfombras de espumas  
La mar tus plantas cubrió,  
Y el iris mismo bordó  
De tus pájaros las plumas.

Tu noche recuerda el día;  
Tan breve y encantadora,  
Que mas que noche... es aurora  
Llena de melancolía;  
La luna en tí se extasía  
Como vestal inocente;  
Y cuando tu blanca frente  
Esmalta con suave brillo,  
Mezcla el ópalo amarillo  
Con el nácar trasparente.

En tí la planta se orea,  
La hoja fragante y tostada  
Que en humo luego trocada  
Nuestros sentidos recrea.  
El plátano balancea  
Su ramaje en tu verjel;  
Frutos que envidia el pincel  
En tu ardiente suelo entrañas,  
Y las fibras de tus cañas  
Destilan gotas de miel.

Si en tus áuras y en tus flores  
Hay alientos que envenenan  
Tambien nuestras manos llenan  
De productos bienhechores  
Así á las rosas mejores  
Ciñen punzantes abrojos;  
Y así entre dulces sonrojos  
Gallardas y vaporosas  
Son tus ninfas tan hermosas  
Que asesinan con los ojos.

Y aun existe por tu mal  
Quien á tus glorias ajeno,  
Desgarra tu amante seno  
Con tu bárbaro puñal.  
Quien te acecha criminal,  
Quien oculto te devora;  
Y quiere, en nefanda hora  
Haciendo tu honor pedazos,  
Arrancarte de los brazos  
De la madre que te llora.

Quien te amarra á sus cadenas,  
Y quien traidor mas que bravo,

Limpia el sudor al esclavo  
Y arranca sangre á sus venas.  
Si están tus comarcas llenas  
De ese fecundo sudor,  
Pregúntales qué es mejor  
A tus verdugos traidores:  
Si sudor que engendra flores  
O sangre que inspira horror.

No temas el férreo yugo;  
Levanta altiva la frente,  
Que la virgen inocente  
Nunca tiembla ante el verdugo.  
Por algo al cielo le plugo  
Fijar en tí su mirada;  
Por algo jura en su espada  
El guerrero al defenderte,  
Morir, primero que verte  
Al extranjero amarrada.

Antes se oscurecerán  
Los reflejos de tu sol;  
Antes el pueblo español  
Será el cráter de un volcan;  
Antes tus héroes irán  
De harapos viles cubiertos;  
Antes, en campos desiertos,  
Trono, hogares y colinas,  
Serán montes de ruinas  
Y pirámides de muertos.

Antes en roncós clamores  
Y en tremendo poderío  
Saldrá del sepulcro frio  
La voz de nuestros mayores;  
Antes tus conquistadores  
Pisotearán su laurel;  
Antes en lucha cruel  
Nos darán su maldición  
Desde el sepulcro, Colon;  
Desde su tumba, Isabel.

ANTONIO F. GRILO.

## LA DEUDA DE UN SASTRE.

*Historia lamentable.*

(TRADUCCION.)

### I.

Hace algun tiempo vivia en París, capital del mundo que se dice civilizado, un jóven á quien llamaban en el barrio Tiburcio Roupeneau.

Tiburcio no era ni alto ni bajo, ni hermoso ni feo, ni bueno ni malo; era lo que son casi todos los jóvenes de veinticinco á

treinta años, presumido, muy presumido, escesivamente presumido.

¡Ah! nadie hubiera podido preveer el drama en queeste infortunado iba á tomar parte. Pero no anticipemos ideas.

En la época á que nos referimos, Tiburcio Roupeneau, habitaba un tercer piso sobre dos entresuelos, en una de las calles mas apartadas de aquella populosa capital. Se mantenía de una modesta rentita, dejándose llevar de ciertas aspiraciones que tenia la devilidad de juzgar literarias. Muy metódico en sus cosas, saldaba con cuidado y á su tiempo las cuentas con sus proveedores... ¡sus proveedores!... menos uno ¡cosa estraña!

El pobre Roupeneau, en efecto, era la presuncion misma, dolencia que por desgracia iba acompañada de una multitud de preocupaciones sociales muy comunes en aquella época. Una de tantas era la de considerar al sastre como un bípedo obligado á prestar sus servicios sin que en cambio se le entregase jamás la menor cantidad de metal acuñado.

¡Pagar á su sastre! Roupeneau se hubiera creído infamado á los ojos de los doce amigos cuyos nombres ignoraba, pero con quienes echaba su partida de villar todas las noches.

¡Pagar á su sastre! Se hubiera creído indigno nuestro jóven, de frecuentar las reuniones de guardilla ó de regalar el oído de alguna griseta, llevando un chaqué ó un pantalon que fuese completamente suyo.

Lo que hizo que Roupeneau se levantase una mañana debiendo trescientos veintidos francos cincuenta céntimos, á aquel industrial alsaciano.

¡Señor! ¡señor! si él hubiese podido prever.....

### II.

La exclamacion que cierra el capítulo anterior, se refiere á Roupeneau y no á su sastre.

¿Lo habiais comprendido? Entonces..... sigamos.

Nuestro Tiburcio no estaba dotado del don de doble vista, era por el contrario miope.

Esta circunstancia favorecia mucho á su acreedor que, abusando de ella, pillaba *infraganti* á Roupeneau á cada paso. Entonces se terciaban amenazas é improperios, palabras y mas palabras, dando lugar las mas veces á escenas nada edificantes.

Tiburcio, por fin, se cargó. Tomado con calma hubiese quizá cedido, pero ante las continuas agresiones y tenacidad del alsa-

ciano, juró no pagarle sucediese lo que sucediese.

El sastre á su vez juró ser el azote mas cruel de Roupeneau.

¡Oh fatal resistencia! ¡Oh tenacidad fatal! ¿Que es lo que iba á pasar entre aquellos dos hombres?

## III.

El sastre habia tomado la costumbre, como primer medida, de ir todas las mañanas á apostrofar duramente y llenar de injurias á su rebelde deudor.

A la larga, esto habia concluido por ser regulado como la salida del sol, hasta el punto que servia de reloj á Tiburcio Roupeneau, que á su vez tomó la costumbre de no abrir nunca la puerta de su morada. El diálogo se entablaba siempre á través de la cerradura.

Un dia llaman á la hora de costumbre.

—¿Quién es? preguntó Tiburcio desde su cama.

—Soy yo..... dijo la voz del sastre.

—Ya sé que eres tú

—¿Me conoces? replicó la voz.

—No te he de conocer viejo ladron.. viejo usurero..... Bien puedes aporrear la puerta hasta mañana, estoy prevenido, no te abriré.

—¿Entonces reusas recibirme?

—¡Sí rehusó! Tente por dichoso, grandísimo pícaro, de que no abra la puerta, pues en ese caso con seguridad saldrías por la ventana de mi cuarto.

Pero cosa rara, despues de estas palabras la voz exterior se calló, al mismo tiempo que se oían los pasos de uno que bajaba la escalera.

Por la tarde, Roupeneau, pudo esplicarse la causa de tan poca resistencia al recibir una carta de un tío que tenia en Arcis-sur-Aube, en la que le decia que pues le habia ultrajado y despedido de su casa, le desheredaba.

Tiburcio, habia confundido la voz de su tío, honrado prestamista con la de su sastre.

Perdia doscientos mil francos.

## IV.

Roupeneau, partió á los pocos dias en direccion de Arcis-sur-Aube, para esplicar á su tío lo ocurrido y restablecer las buenas relaciones que siempre habian existido entre ambos.

Pero el tío no se dejó convencer tan fácilmente.

Las palabras que en aquel malhadado dia pronunció Tiburcio y la manera como se

habia arreglado cierto negocio reciente, tenian en continua agitacion su espiritu.

Nuestro jóven tuvo que resignarse á perder la herencia.

Pero no fué esto todo. Durante su ausencia de París, dejó á un amigo suyo el encargo de cuidar del modesto ajuar de su casa, y dicho amigo tuvo que enajenarlo con el suyo apremiado por *ingleses*.

## V.

Tiburcio no alló á su vuelta, mas que polvo en su desierta vivienda.

¡Y bien, pensó, viviré en un hotel! de este modo me libraré de las enojosas visitas del infame perseguidor de mis trescientos veintidos francos.

Y se marchó al hotel.

La ventana de su aposento daba á un patio.

En la casa vecina habitaba una jóven. Tiburcio la vió, y como tenia necesidad de buscar lenitivo á sus pesares la amó tiernamente.

Porque hemos olvidado que durante este periodo, Roupeneau habia dado una pieza al Odeon —¡desgraciado!— pieza que fué atrocemente silvada por una turva rabiosa capitaneada por el sastre.

## VI.

Tiburcio, tenia pues necesidad de ser consolado.

La jóven parecia estar dispuesta á desempeñar este papel. La telegrafia aérea principió á funcionar; una activa correspondencia la siguió, y por fin el matrimonio abrió de par en par las puertas de un edén de ventura á la enamorada pareja.

¡Cuán cierto es que una desgracia nunca viene sola!

## VII.

Roupeneau y su esposa hacia nueve meses vivian saboreando las delicias conyugales.

Ella, Amenaida, estaba á punto de hacerle padre.

El fruto de sus amores era el único objeto de conversacion y de todos sus sueños del porvenir.

Para colmo de felicidad, Roupeneau no habia oido hablar del sastre ni de los trescientos veintidos francos.

Aquello era un paraiso.

Pero ¡oh desgracia! Un dia Tiburcio salió á comprar la envoltura para su futuro hijo.

A su regreso, Amenaida, llena de cólera, le presenta una carta.

—Tiburcio, le dice, es infame lo que has hecho..... ¡Ocultarme que amabas á otra! ¡Tenerme engañada con tus promesas y juramentos que no eran mas que una vil mentira! Y yo, necia de mí creerte, pero.....

Tiburcio no comprendia la causa de aquella escena. Toma la carta y lee:

«¡Mónstruo!»

«Has conseguido, gracias á tu casamiento el evadirte de mis persecuciones, pero no se engaña así á las gentes.»

«Tengo derechos. Iré á hacerlos valer hasta tu misma casa. Ya puedes tomar precauciones contra el escándalo. Tu muger no sabe nada. Yo la enteraré de todo.»

«TRINIDAD.»

¡Trinidad! Este era el nombre del sastre...  
Trinidad Schlagman.

Todo se esplicó.

Pero el golpe habia sido demasiado fuerte. Al dia siguiente el nuevo Roupeneau abrió los ojos á la luz para no estar en el mundo mas que de paso; murió.

La madre sucumbia de dolor.

¡Oh sastre! ¡Oh sastre!

### VIII.

Restablecida Amenaida, Tiburcio determinó abandonar París.

—Pues es divertida, objetó madama Roupeneau, la vida de provincia. Yo no estoy por el viaje.

—Pues el viaje se hará porque así lo reclaman, mi tranquilidad; mis intereses y mi honor comprometido.

La casa se volvió un infierno, pero, al fin, cedió Amenaida y se emprendió la marcha para Dijon.

Aun no habian llegado á la mitad del camino descarriló el tren.

Tiburcio, se rompió un brazo y al volver en sí, advirtió que su cara mitad habia desaparecido.

¡Oh sastre! ¡Oh sastre!

### IX.

Apenas Roupeneau se halló en estado de abandonar la cama, se puso en busca de su perdida consorte á la que creia muerta.

¡Mejor hubiera sido la muerte que la noticia que le aguardaba!

Amenaida, aborrecia la vida de provincia, y resuelta á valerse de todos los medios antes que sujetarse á ella, se aprovechó de la confusion producida por el descarrilamiento para dejarse llevar por un caballero de barba

negra, que viajaba en el mismo departamento.

A fuerza de buscar, Roupeneau, supo que el caballero en cuestion era capitán de marina, que se dirigía á Marsella; y en este último punto, se le dijo que con madama Roupeneau se habia hecho á la vela con direccion á los Estados-Unidos.

### X.

Tiburcio no titubeó; el honor lo exigia y partió á su vez.

Como la desgracia no le abandonaba un momento, conjurando contra él hasta los mismos elementos, una borrascosa tormenta hizo naufragar el buque y tuvo que pasar el infeliz Roupeneau dos dias montado sobre un mástil.

Merced á los ausilios de una fragata noruega, pudo tocar las costas americanas en donde la fiebre amarilla le colocó de nuevo á dos dedos de la tumba.

Pero tantas calamidades no habian hecho decaer la fuerza de su espíritu, y en su inquebrantable resolucion siguió inquiriendo noticias acerca del raptor de su muger.

Una entrevista debida á la casualidad tuvo lugar en Fidadelfia, y como consecuencia inmediata cruzáronse los aceros de Roupeneau y del capitán. Menos diestro Roupeneau, fué atravesado de parte á parte.

Sin embargo, como tenia un temperamento fuerte no sucumbió y tomó el partido de perder á Amenaida.

Pero ¿de qué mantenerse sin recurso alguno?

Un cartel fijado en las paredes de Fidadelfia, anunciaba al público que no lejos de la ciudad, un colono buscaba un guarda para sus tierras.

Roupeneau corrió al momento á presentarse al colono,

—Caballero, le dijo.....

No pudo concluir. La sorpresa le habia paralizado la lengua; el colono era..... su sastre.

### XI.

—Sí, yo soy Trinidad Schlagman; yo, á quien los deudores rateros como tú, han arruinado, y á quien han obligado á buscar refugio en estas tierras, despues de una afrentosa quiebra.

Pero Roupeneau no prestaba ya atencion; aquel pasmo despues de tanto trastorno, le habia estraviado el juicio.

El sastre, abusando de su estado le hizo firmar una obligacion de algunos miles de

francos por el capital y los intereses de su deuda.

Tiburcio no pudo soportar por mas tiempo los rigores de su adversa suerte. Poco antes de morir y en medio de las convulsiones de la fiebre que le devoraba, exclamó: «No deberé mas al sastre.» «No deberé mas al sastre.»

FRANCISCO MATA Y SANZ.

### Á UNA ZAGALA.

Zagalita, zagalita,  
La de los blondos cabellos,  
La de frente nacarada,  
La de los ojos de cielo;  
La de lábios purpurinos,  
La de semblante alagüeño,  
La que mirando me mata,  
Pues por tí vivo muriendo;  
La que sola dia y noche  
Vaga por el prado ameno,  
La que puebla los espacios  
De cánticos tristes, bellos;  
Escucha, zagala, escucha,  
Escucha mi torpe acento,  
Suspiros tristes, que brotan  
De un volcan que arde en mi pecho:  
Cuando los pájaros pasan  
Con su cantar vocinglero  
Y cruzan, y volotean,  
Y se posan sobre un cerro,  
¿Dó está mi amor? les pregunto,  
¿Dó el angel que es mi consuelo?  
Y los pájaros contestan  
Con su cántico parlero:  
Qué estás besando á las flores  
Que el aura juega en tu pelo,  
Y envidia me dan las plantas  
Y tengo del aura celos:  
Cuando percibo el murmullo  
Del plateado arroyuelo,  
Le pregunto si te ha visto  
Y me dice sonriendo:  
Que con él esta mañana,  
Despues de regar el huerto,  
Te has contemplado en sus aguas  
Y le has dado un dulce beso;  
No le beses, vida mia,  
No beses al arroyuelo,  
Que tengo celos del agua,  
Del arroyo celos tengo.  
Zagalita, zagalita,  
La de los blandos cabellos,  
La de los lábios de rosa,  
La de los ojos de cielo;

Escucha, zagala, escucha,  
Escucha mi triste acento,  
Que en llamas de amor me abraso,  
Que en llamas de amor yo muero.

VICENTE E. MIQUEL.

### LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

—Arturo, ¿cómo te encuentras aquí? ignoraba tu regreso.

—Llegué esta mañana y sin descansar de el viaje, me he apresurado á venir á veros.

—Te lo agradezco en el alma. ¿Ya has hablado á mis padres?

—Sí por cierto, apenas hube entrado, y no supieron darme razon de tu paradero.

—Me hallaba con varias amigas en un salon interior. ¿Pero qué hacias tan solitario? ¿Estás triste?....

—No en verdad. Como es la primera vez que frecuento esta reunion, y soy forastero, no conozco á nadie y paseando, me llamó la atencion la clara luna que penetraba por este balcon. Me asomé á él y me deleitó sobremanera la vista de tu hermoso jardin, iluminado por la *casta Diva*. La fresca brisa trasportaba hasta á mí los suavísimos perfumes de las flores, y embriagado con su aroma preferí mil veces estas ofertas naturales y hermosas, que dá pródiga la naturaleza al hombre cuando la examina, á los mentidos halagos de la sociedad. En estas abstracciones pasé el tiempo, hasta que te acercaste.

—Dime Arturo, ¿y no te alegra volverme á ver, despues de tantos dias?... Si tal no te sucediera no corresponderias á la amistad que te profeso.

—Sí, María, es para mí el mayor placer que hay en el mundo.

—¿Es cierto? replicó María, dirigiendo espresivas miradas á Arturo. No, no te creo: lo que me referiste há poco, revela claramente que te preocupa algun pensamiento.

—En verdad, María, por qué ocultártelo, añadió Arturo con conmovido acento, sinó temiera ofenderte....

—¿Por qué? dímelo con la franqueza de hermano.

La zozobra se apoderó de Arturo, la duda ataba su lengua; nada acostumbrado á estas fuertes escenas cuyo protagonista es el corazon, no sabia que hacer, ni qué decir.

Ya iba á hablar, cuando se presenta el marqués de la Alzada y dirigiéndose á María, dice con voz afectada y una sonrisa sarcástica:

—Ola, ola, María, mientras le buscaba á usted por allá adentro para la schotis que ha comenzado, estaba V. en amigable conversacion con este jóven. Cójase V. del brazo, picaruela, ¿no sabe V. que no puedo vivir sino junto al fuego de sus ojos?

—Lo ignoraba, marqués, dijo María con marcado desprecio asiéndose de su brazo y despidiéndose de Arturo.

Las palabras intencionadas de el marqués, hicieron el efecto que él deseaba en Arturo. ¿Que significa esto? se decia, ¿acaso ese viejo será un nuevo pretendiente de María?... intentaré averiguarlo.

Y se dirigió hácia el salon de fumar por si encontraba algun conocido. Una porcion de jóvenes jugaban al villar, otros de mas edad leian periódicos y varios formando círculo, discutian la situacion financiera de nuestro país. De pronto un marino que estaba en la mesa de juego se levanta y se llega á Arturo.

—Arturo, ¿no me has reconocido? soy Ezequiel Negri ..., dijo abrazándole.

—¡Cómo! ¿tu con ese traje?....

—Sí, ¿que te admira? soy *teniente* de la armada.

Y entablaron un largo diálogo, dándose recíprocas esplicaciones acerca de su vida desde su separacion; pues habian sido condiscípulos de Universidad, relatando por último Arturo, todo lo que saben ya nuestras lectoras de un principio.

—Dime Ezequiel, ya que la fortuna te ha colocado en mi camino, ¿quién es ese marqués que tantas libertades usa con María?

—El marqués de la Alzada, todo un grande de España, pero sin una blanca. Dicen que pretende la mano de María.

—Será posible?... ella no consentirá.

—¡Calle! acaso estás enamorado de ella, Arturo? pobre muchacho; lástima me inspiras. ¿Piensas por ventura te corresponderá? no conoces á María: su corazon no es capaz de impresionarse por el amor que otro le profese; la desconfianza es patrimonio de su alma. Plácele, sí, tener adoradores, mas pronto se hastía de recibir sus amorosas ofrendas; al propio tiempo predominan en ella las acciones nobles y desinteresadas; es un carácter especial. Verás por esperiencia la verdad de mis asertos.

—¿Y cómo estás tan enterado de sus cualidades?

—Toma, de una manera sumamente fácil.

Cuatro años hará se terminaron amistosamente las relaciones que tuvimos por bastante tiempo, pues yo tambien caí en las redes de sus preciosos encantos.

—¡Tuviste relaciones con ella!.... dijo Arturo con tono pausado y sentimental.

—Sí: pero voy á serte franco. La ocasion de verla á todas horas fué la causa de que le rindiera mi tributo de amor, pues yo vivia no muy lejos de aquí, mas nunca pude quererla con la misma efusion que ella demostraba por mí; sin duda alguna tal vez porque conocia su proceder en intrigas amorosas; lo cierto es que rompimos por una sutileza, y de entonces nos tratamos con la mas fina atencion.

Así continuaron hablando hasta que sonaron las doce de la noche; entonces Arturo dejando á su amigo iba á retirarse, mas al cruzar una sala encontró á María que le dijo:

—¿Te vas? ¿cuando me confiarás tu secreto?....

—Mañana.

Y se separaron.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

## LA PLEGARIA DEL HUÉRFANO.

### I.

¡Acoge, virgen pura,  
Mi triste desconsuelo,  
Y mándame del cielo  
Tu amparo y tu favor,  
Pues vivo abandonado  
Sin paz y sin cariño,  
Y soy un pobre niño  
Sin dicha y sin amor!

### II.

La luz del alba hermosa  
Contemplo dolorido,  
Pobre, infeliz, perdido,  
Sin madre y sin hogar,  
Sin madre cariñosa  
Que bese mi mejilla  
Y lleve hasta la orilla  
mi nave de pesar.

### III.

¡Ven, pues, hermosa virgen,  
Consuela al pobre niño  
Y dame tu cariño,  
Tu amor y tu piedad!  
Acoge mis suspiros  
Y enjuga con tu manto  
Los mares de mi llanto,  
Consuela mi horfandad.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.